

LA RETIRADA

Enrique Garcés Félix

Julián Rojas esperaba tranquilo en el Aeropuerto, sus parientes y amigos iban llegando para despedirlo. Su padre tenía un gran poncho azul, limpiísima camisa. Una larga trenza que caía armoniosa por la espalda. Inmaculado pantalón blanco y sandalias otavaleñas. Los ojos entristecidos parecían tierra húmeda mojada con el más temprano rocío. La madre vestía blusa bordada, fino chal con remate de flecos y hermoso anaco color capulí. Enjoyada. Mejillas rosas y un reguero de lágrimas hasta la comisura de los labios. Cierta expresión incierta sobre el rostro. ¿Hasta dónde podría llegar su hijo?

Ese hijo el undécimo que en el viejo huasipungo de Alobuela, pueblito vecino a Otavalo, jugaba con el perro famélico, guardián de las ovejas, que ordeñaba a la vaca gruñona con manos sucias, diminutas y pasposas; que a las espaldas de la madre, primero y luego, con pasos pequeños entraba a los surcos, a las cosechas, para entregar el alimento a la familia; que tiraba al manso buey para que pisotee la tierra de sus antepasados y ayudaba a mear la chicha del "Yamor" para que se emborrachen su padre, hermanos y vecinos.

Ese hijo, que "era tan diferente", adolescente ya, solía quedarse frente al atardecer andino. Iba cayendo el sol en franjas horizontales por el lomo del Imbabura, los pájaros volaban a sus lados y un viento frío asomaba en las laderas. De pronto, un arriero con sus vacas, casi en sombras, cruzaba el senderito a lontananza. Los ojos de su perro se iban volviendo taciturnos, profundos, somnolientos, y venía la noche cerrada como emergida de su propio sombrero.

Ese hijo que no gustaba de los gorriones presos; que en la escuela sorprendió a sus maestros cuando apenas enterado de la historia patria escribió un día "Atahualpa, te amo. Imbabura, tierra mía, silenciosa y oprimida".

Ese hijo se volvió joven. Costó cabezas de ganado enviarle en bus a Quito. El cura y el teniente político ayudaron a instalarlo. Llevó como equipaje un cargamento de gallinas. Ese hijo, siguió siendo "algo diferente". Asiduo lector, organizador infatigable de actividades comunales en su tierra. Ese hijo, de cuyos labios cierto día, salieron frases raras "Revolución", "Imperialismo", "Opreión", "Lucha", se iba becado a los Estados Unidos.

Delgado, sencillamente vestido, un par de espejuelos, rictus de gran inteligencia, esperaba tranquilo. Su mirada vagaba entre el arrepentimiento y la pena, como si en su ser íntimo se precipitase una gran cocción de sentimientos y ambiciones encontradas, bajo el fuego de un deslumbramiento. ¿Hasta dónde podría llegar?

Sus hermanos lo admiraban, sus vecinos de Alobuela, sus compañeros universitarios, el cura, el teniente político y su amor primero, Rosita de Alobuela, le entregó un último beso como proyección de la leyenda clorofílica del penco en el cual escribieron sus nombres, frente al río apacible y la manada de ovejas.

Este Julián Rojas se iba hacia el infinito, impulsado por su propia "rareza". ¿Hasta cuándo? ¿Hasta dónde?

Por fin, la caminata hacia el avión, las manos agitadas en el viento y las portezuelas cerradas. Abajo, melancolía y tristeza. En Alobuela, el perro guardián, viejo ya, por esos fenómenos parasicológicos entre los seres vivos, se sentó a mirar el Imbabura como si pidiera que el silencio del atardecer arribara más temprano.

En el avión Julián recordaba. Su cuarto pequeño de La Tola, donde junto con los códigos también habían botellas de "paico" vacías, puchos de cigarrillos, retratos de mujeres desnudas, los libros de Marx, Engels, Guevara.

Las intervenciones universitarias, las manifestaciones, las piedras y la policía. Las mingas para cruzar a su Alobuela de senderos, las cartas pidiendo escuelas, policlínico, vivienda, etc; los expertos que llevó para que enseñen a cultivar mejor el maíz, el frejol, la cebada; su incondicional colaboración con el maestro para difundir la educación de adultos y sus propias campanas de alfabetización y, por último, la visita del diplomático americano, sus conversaciones con él, la invitación y la beca. Era, sin duda, un líder comunitario y debía aprender más para servir mejor. Pensó, pensó y pensó. Mientras pensaba intervinieron muchos con él y se decidió.

Cansado y melancólico se echó a dormir. La sonrisa estaba envuelta en el último beso de la Rosa de Alobuela.

Llegó a un país distinto, en el pensamiento y en el habla. Casas, casas, calles, calles, almacenes, almacenes, carros, carros, carros, organización, comercio, cumplimiento, dinero, dinero y dinero. Un rey Midas gigante con su maldición a cada paso. Gente blanca y negra, transparente y oscura, anónima, confortable y consumidora. Perros calientes, hamburguesas, lavadoras, televisiones, "cadillacs", ideas, sentimientos, amor, perdidos en una sola espiral de consumo, cuya cúspide era la oferta y la demanda.

Julían empezó a entristecerse. Su bucólica Alobuela aparecía en su ventana y los ojos de su madre le lloraban en la almohada. Surgió desde adentro un suspiro de raza y el ideal de volver para cambiar y hacer cambiar, para luchar y hacer luchar.

Nada lo detendría. Hay que romper primero los convencionalismos sociales y personales, que moran a veces en lo inconsciente del ser humano. Planeó su revolución y hasta el Plan de Gobierno. No se perdonaría ni a sí mismo en función de la colectividad. Así se fueron desgranando los días.

De pronto, en su "Casa de Estudiantes Extranjeros" cono-

ció a una niña de Singapur, piel amarilla, ojos rasgados, pelo negro azabache y dientes muy blancos. Era triste y tímida. Leía siempre un libro de Confucio, cuya cerradura eran dos manecitas de oro que se entrecruzaban, bajo la sombra de un manzano. Tenía cierta seguridad íntima, sorprendente, que probablemente, provenía de las citas del gran filósofo.

No vale la pena comentar más al respecto, las cosas del amor son ya usuales. Julían le contó de Alobuela y del "Tahuaninsuyo", de su lucha, de su ideal, de su fuerza para realizarlo, de su desprecio por los convencionalismos sociales. La chinita, en cambio, de sus kimónos de seda pura de donde surgían los dragones con lengua de fuego; de los atardeceres en la bahía donde padres y hermanos se embarcaban con la aurora para pescar el sustento diario; de los fantasma y leyendas con los ojos rasgados; de los arrozales ardientes; de una historia milenaria llena de increíble filosofía.

Y así les encadenó un amor entrañable. Se empezó a hablar, era lógico, de un matrimonio sin convencionalismos ni fronteras. Para Julían era un reto. Un pequeño reto amoroso que le había puesto la vida. Ella era una dulce niña enamorada, cuyo único defecto consistía en tener los ojos rasgados.

Julían se conmovió. Dejó pasar los días y en cada jornada más se confundía. Una china en mi vida. ¿Sería aceptado en el Ecuador? ¿Peor aún en Alobuela? ¿Cómo se le reirían? ¡No puede ser!

Una noche, sin palabras, se fue. Una pequeña carta dejó un gran legado de dolor. Explotó el amor y el ideal también.

Nunca más volvió a su Alobuela. Cierta vez alguien supo que trabaja de mesero, en un restaurante de una calle de Chicago.